



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 17 No. 1

Enero de 2014

IDEALES DEL CUERPO. OBEDIENCIAS E INSURRECCIONES

Jeannet Quiroz Bautista¹, Mario Orozco Guzmán² y Alfredo Emilio Huerta Arellano³

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
Facultad de Psicología

RESUMEN

El trabajo expone las condiciones de tensión y pliegue entre orden imaginario y experiencia del cuerpo. Éste no se adscribe plenamente al ideal de obediencia y servidumbre que se propone el “Yo” en su función de dominio y poder. Puede aparecer el cuerpo dócil al mandato del amo, pero también el cuerpo que no resulta fiel y que traiciona al yo, incluso en los momentos decisivos de su historicidad. Anorexia, bulimia, incisiones en el cuerpo, son contrapunto de un afán que se remonta al misticismo obstinado en domar el cuerpo. El sujeto encuentra en el cuerpo ese otro con quien confrontar sus preguntas, sus incertidumbres y sus insatisfacciones en el campo del deseo y del amor. Es así que el presente trabajo, producto de una investigación, se propone abordar la estructura dialéctica entre los ideales que se inscriben en el imaginario del poder sobre el cuerpo y el orden real-pulsional de éste e intenta dar cuenta de este perseverante afán de sujeción del cuerpo a una imagen de perfección que colinda con la degradación.

Palabras clave: cuerpo, yo, Ideal del yo, obediencia.

¹ Profesora Investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México. Maestra en Psicología por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

² Profesor Investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Psicoanalista. Doctor en Psicología por la Universidad de Valencia, España. Correo electrónico: orguzmo@yahoo.com.mx

³ Profesor-Investigador de la facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Maestro en Psicología clínica por la Universidad Autónoma de Querétaro.

BODY IDEALIZATION, OBEDIENCES AND INSURRECTIONS

ABSTRACT

This paper outlines the conditions of tension and fold between the imaginary order and the experience of body this does not subscribe fully to the ideal of obedience and servitude that the “Ego” proposes in his role of domain and power. It may appear a docile body with the mandate of the master, but also a body that is not true and that betrays the self, even in the decisive moments of its historicity. Anorexia, bulimia, cutting into the body, is a counterpoint to an effort that dates back to mysticism to tame stubborn body. The subject finds in the body that other with whom to compare their questions, uncertainties and dissatisfactions in the field of desire and love. This paper, which is a partial research product, attempts to account for this persevering aim of subjecting the body to an image of perfection that borders degradation.

Key words: Ego-Ideal, body, tyranny, ego, obedience.

Algunas consideraciones acerca de la imagen.

La función imponente de la imagen especular domina la relación del sujeto con su cuerpo. El ideal del “todo”, captado en la imagen, ejerce presión sobre el cuerpo. Dicha función se inscribe en lo que Lacan (1951) concebía como una teoría genética del Ego. La cual especificaba del siguiente modo: “Une telle théorie peut être considérée como psychanalythique dans la mesure où elle traite de la relation du sujet à son propre corps dans des termes d’identification à une imago, qui est la relation psychique par excellence; en fait, le concept que nous avons élaboré de cette relation à partir de notre travail analytique est le point de départ de toute psychologie véritable et scientifique”⁴. La Gestalt especular de la imagen es fecunda. Es tal el dominio de lo imaginario sobre el cuerpo que la etología ha ilustrado esta condición en comportamientos animales, como los de las grullas,

⁴ Una tal teoría puede ser considerada como psicoanalítica en la medida en que trata de la relación del sujeto con su propio cuerpo en términos de identificación con una imagen, que es la relación psíquica por excelencia: De hecho, El concepto que hemos elaborado de esta relación a partir de nuestro trabajo analítico es el punto de partida de toda psicología verdadera o científica (Esta traducción como las siguientes son responsabilidad de Mario Orozco Guzmán).

dilucidados por las investigaciones de Lorentz. El etólogo expone a través de la narración de una serie de imágenes, cómo es un movimiento en el cambio de imagen lo que posibilita que se establezca propiamente un vínculo entre estas aves. Plantea que la primera imagen muestra a una grulla que despliega sus alas, de manera imponente, apuntando con el pico y mirando fijamente a la otra grulla que se aproxima. Se trata de una imagen de inminente ataque. Esta imagen, propiamente de miedo, de miedo propio, será depuesta por otra donde la grulla se da media vuelta, presentándole a la otra grulla:

...con las alas todavía desplegadas, su nuca inerme...manifestando así, mediante un simbolismo fácil de entender, que su ademán amenazante no iba dirigido a la pareja, sino más allá, al malvado mundo exterior... A renglón seguido, la grulla se vuelve hacia el amigo y le repite en su cara las manifestaciones de su poder y grandeza, pero inmediatamente se aparta y simula un ataque contra cualquier objeto sustitutivo, si es posible una grulla cercana no amiga... (Lorentz, 1977, p. 197).

La actitud del cuerpo, el despliegue del cuerpo se inserta en esta manifestación de imágenes que parecen dirigir mensajes, insinuando esbozos de entendimiento simbólico. Denotándose y aclarándose que, pese a ser un ejercicio comunicativo, “no es un lenguaje, es un código de señales” (Benveniste, 2010, p. 62). Tenemos la impresión de que la imagen de dominio que expone la Gestalt está investida de señales de poder y grandeza. El código imaginario esta hecho de un mensaje unívoco de fijación territorial de poder. Aunque sea el mensaje de un poder que se expone y delimita y que se detiene un instante para mostrar la extensión de su dominio. El afán de dominio persevera.

La imagen de/l amor.

Lo imaginario sirve de modelo a los cuerpos que se deben plegar a sus señales codificadas. Freud propuso modelos imaginarios para el comportamiento amoroso. Codificó el amor en función de modelos de elección estructurados ya sea por la relación edípica o bien por la relación narcisista. Son modelos donde la imagen se impone. El modelo por apuntalamiento impone la imagen de “die

nährende Frau" (Freud, 1914/1999, p.157), la mujer nutricia, y la del "schützenden Mann", hombre protector. La clínica analítica revela esta imposición de ideales, esta imposición de atributos imaginarios como códigos de elección amorosa. Es la función que tienen los atributos que emanan de la imagen de sí exaltada e idealizada de manera retroactiva o prospectiva: lo que uno es, lo que uno fue, lo que uno quisiera ser. Es la imagen encumbrada del Yo la que se erige como dominante para dictar la elección del objeto amoroso. Esa imagen parece tiranizar, comandar, el amor. Es la imagen que proclama "His Majesty the Baby". Dicha imagen debe estar encima de "las leyes de la naturaleza y la sociedad" (Freud, 1914/2000, p. 88). Ni la muerte puede cernirse sobre esta imagen ideal de poder y grandeza del Yo.

¿No nos resulta tiránica la imagen de Narciso reflejada en el agua dentro del mito que lo consagra? ¿Tiránica para él que se desvanece a causa de ella? Recordemos que los mitos, como el de Narciso, según lo señala Lacan, no hacen sino "écho au discours du névrosé"⁵ (1971a). También Narciso hace eco a Eco, a esa ninfa que se desvanece por él y cuya voz se petrifica en su clamor: "<< ¡Entregarme a ti!>>" (Ovidio, 1994, p. 150). La voz que sostiene la causa del deseo en Eco deviene señal de dolor y se repite en Narciso entregado a esa imagen que lo seduce y fascina. Tal es la captura de la imagen que "ni la necesidad de comer ni la necesidad de descansar pueden apartarle de allí" (p. 152). Se evidencia la fuerza de la imagen, pues su envoltura encantadora y libidinal es más intensa que lo que Freud llamaba pulsiones de autoconservación. La relación de Narciso o narcisista puede supeditar dichas pulsiones al único objeto alimenticio que exige la pasión, a la mirada como objeto "a": "<< ¿Adónde huyes? ¡No abandones, cruel, a quien te ama! ¡Deja por lo menos que te mire, ya que no puedo tocarte, y que alimente así mi desdichada pasión!>>" (p. 153). La alimentación se subordina a la pasión, a la pasión narcisista comandada por la imagen. Como plantea Garate (2000):

⁵ eco al discurso del neurótico.

“La deuda de la que se trata refiere la polisemia del amor, esta noción crepuscular en donde se reúnen el deseo de placer y la pasión profusa y devoradora de la imagen del otro, el reconocimiento doloroso y difícil de la otredad, esa que me place hasta tal punto que me da júbilo mi *existencia* repentina incluso antes de reconocirme como Yo en la experiencia del espejo”. (p.9).

Esta pasión se alimenta de un objeto prevalente, de un objeto que sostiene su opresión real, se nutre de mirada. La pasión amorosa sustentada en la imagen narcisista se impone a las necesidades vitales del cuerpo, o le impone otras “necesidades”. Incluso se puede declarar esta imposición de otras necesidades, se la puede escribir de manera categórica, como lo hace Cielo Latini, una adolescente en el fondo del drama de la anorexia, afrentada por su *primera desilusión amorosa*: “Necesito morirme” (2010, p. 77).

El cuerpo arrebatado.

Lacan señala que esencialmente el “statut de l’image du corps”⁶ se anuda al “maîtrise motrice du corps”⁷ (1969). La misma consonancia de los términos en su expresión (maîtrise-motrice) como lo indica Lacan, revela un ejercicio del Bien. Es decir, un primordial posicionamiento ético. Se trata de una ética del dominio del cuerpo y del dominio de una ética de Amo. La demanda de control del cuerpo llega a revelarse en la experiencia analítica. El sujeto transmite la impresión de que su cuerpo escapa a su dominio. El testimonio histérico indicaba la manera en que ciertas regiones del cuerpo, ciertos órganos, se rehusaban a responder. Se inhibían precisamente cuando debían exhibirse, mostrarse. La magia que impregna la investidura narcisista sobre el cuerpo supondría un manejo diestro del mismo. Pero el cuerpo no se deja manejar fácilmente. Desde su registro pulsional se le supone agujerado por su condición erógena. El Yo quisiera mandar sobre su cuerpo, constituirse como amo de su cuerpo, pero la experiencia misma del síntoma lo remite a su condición de “vasallaje” (Freud, 1923/2000, p. 49).

⁶ estatuto de la imagen del cuerpo.

⁷ dominio motriz del cuerpo.

En efecto, el cuerpo le puede ser arrebatado, a este Yo, a esta “armes Ding, welches unter dreierlei Dienstbarkeiten steht”⁸ (Freud, 1923/1999, p. 286). Cada una de las cuales representa un peligro para su organización unitaria: el que proviene de las incidencias del mundo exterior, el que emana de la libido del Ello y aquel que procede de la severidad superyoica. Estos peligros pueden hacer que el cuerpo, o ciertos segmentos del cuerpo, se le insubordinen. Freud sabe bien que es un asunto de política del propio cuerpo que se suscribe al dominio del Yo. Ya que en relación con la acción, que compromete al cuerpo, el Yo puede parecerse a un “konstitutionellen Monarchen”⁹ (p. 285), de cuya sanción depende que se establezca una ley, pero que reflexiona antes de interponer su veto contra una propuesta del Parlamento. El Yo resulta una pobre cosa ante el Parlamento, ante tres parlamentos que demandan distintas cosas. Entonces, el cuerpo queda adherido a esta condición de servidumbre del Yo a estos parlamentos discordantes. Al igual que el yo, el cuerpo puede ser una “armes Ding”¹⁰ que se le sustrae al Yo, que pierde el Yo por no interponer su decir propio a los dichos parlamentarios de los otros. El cuerpo de Schreber, en su experiencia radical de delirio de complot, tiene una posición de sacrificio al Dr. Flechsig. El complot exigía:

“...ponerme a la merced de un hombre, de la siguiente manera: dejar mi alma en poder de éste pero entregar mi cuerpo, transformado en un cuerpo femenino –en una inequívoca interpretación de la tendencia subyacente al orden cósmico antes mencionada-, al hombre en cuestión, para que abusara sexualmente de él, y luego, sencillamente, ‘dejarlo olvidado’, es decir, abandonarlo sin más a la descomposición” (Schreber, 2003, p. 91).

Así queda el cuerpo como “armes Ding”, como despojo, después del abuso; pero quizás ya antes también subsumía esa lúgubre condición. Cuerpo olvidado, cuerpo usado y tirado después de (ab) usarse de él por parte de alguien situado en el lugar de Amo.

⁸ pobre cosa, la cual está subordinada a tres potencias

⁹ Monarquía institucional

¹⁰ Pobre cosa

El Yo pierde el dominio del cuerpo y éste pasa a las manos voluptuosas del Otro. Freud descubrió que el “Herrschaft” (1915/1999, p. 278), imperio, de la consciencia sobre la motilidad voluntaria, en su faceta de voluntad de dominio, se mantiene firme pese al “Ansturm der Neurose”¹¹, como vía de lo reprimido. No obstante, este dominio sobre los movimientos voluntarios, sobre el cuerpo, se ve socavado en la psicosis. En la experiencia psicótica no hay imperio sobre el cuerpo; al contrario, el cuerpo actúa, pulsionalmente, de manera dislocada, por su cuenta. También podría ser que el imperio de la imagen en tanto Gestalt de unidad pretenda un cuerpo ajustado, adaptado, a sus formas y formatos. El cuerpo padece estragos, en la medida que no se somete a estos formatos ideales de la imagen. En la medida que no es siempre un cuerpo dócil. Por eso es que Lacan señala en el seminario D’un Autre à l’autre (1969): “L’ideal, et l’ideal du moi, c’est ça, un corps qui obéit”¹². Es precisamente lo que el amo busca en el esclavo. Idealmente el cuerpo no debería ser sino extensión del poder del Yo erigido como amo, idealmente debería obedecer los parlamentos y voluntad de su amo y señor. Pero parece que el cuerpo, o ciertos órganos del cuerpo a veces actuaran de modo insurrecto. Poniendo en riesgo al Yo y su caudal de ilusiones de omnipotencia. Ya los actos fallidos habían demostrado tal situación. El acto fallido puede corresponder a la imagen de adecuación que propone el Otro. Como ejemplo basta un relato en el cual Freud (1901/2000, p.165) comienza describiendo el tipo de tintero que tiene en su estudio. Consta de una base de mármol que encaja con un frasco de vidrio que contiene la tinta y el cual se ve recubierto por una tapa de la misma piedra. Mientras se dispone a escribir algo el movimiento de la mano, intempestivamente, arroja al suelo la tapa del tintero. Acto de *singular torpeza*, pero que luego resultará *diestro en extremo y acorde al fin*. ¿Acorde a cual fin? ¿A cuál fin obedece el cuerpo? Al fin del Otro, al fin del Otro que juzga y manda. Poco antes de su maniobra había estado en el estudio de Freud una hermana, haciendo una crítica a las condiciones del mismo y a sus recientes adquisiciones para la mesa de trabajo: “-<<Ahora tu mesa de escribir

¹¹ asalto de la neurosis

¹² El ideal, y el ideal del yo, es eso, un cuerpo que obedece.

parece realmente bonita, solo el tintero desentona. Es preciso que tengas uno más lindo>>” (p. 165).

El cuerpo de Freud, una fracción de ese cuerpo, parece obedecer al ideal estético y ético de la hermana. Parece obedecer a su juicio poniendo en acto su sanción. Lo hace en la medida en que destruye lo que se califica como “dem verurteilten Tintenzeug”¹³ (Freud, 1901/1999, p. 185). Con su mano, a través de su mano, Freud ejecuta un acto fallido que atiende a un ideal de obediencia, ante la sentencia producida por el juicio condenatorio. Tiene que ver con una imagen tiránica que impone una perspectiva de las cosas, una perspectiva estética, una valoración ética y una exigencia imperiosa. Algo no armoniza con el conjunto lindo del escritorio de Freud, pues “nur das Tintenzeug passt nicht dazu”¹⁴ (p. 185). Es la postura que puede asumir una chica o un joven en la estimación valorativa de su cuerpo desde la mirada crítica del Otro. La hermana de Freud no conmina a que éste saque destructivamente al tintero de su escritorio. No lo empuja a eso. Sólo le hace saber lo que debería hacer: “Du musst ein schöneres haben”¹⁵ (p. 185). El acto fallido irrumpe en el paréntesis o margen abierto de lo que deja de decirse por más que parezca insinuarse. No responde literalmente pero impone su propia letra en lo real de su ocurrencia. Una mujer puede, siguiendo un poco los términos freudianos de esa ocasión, consumir la ejecución (Freud, 1901/2000, p. 165), de una parte de su cuerpo que no hace juego con un conjunto armónico desde la mirada del Otro. Existen zonas del cuerpo que se juzgan y condenan desde la postura crítica del Otro. Existen zonas del cuerpo condenadas a salir del juego corporal porque desentonan con la imagen gestáltica idealizada. El discurso de un Evangelio como el de Mateo se empeña en que los seguidores del mensaje de Jesús consuman la ejecución de sectores del cuerpo donde el pecado anida. Es decir, preconiza el cercenamiento de ciertos órganos del cuerpo en los que se manifieste la pujanza transgresiva del deseo:

¹³ el tintero condenado.

¹⁴ solamente el tintero no hace juego allí.

¹⁵ tú debes tener uno más bonito.

Si tu ojo derecho es para ti ocasión de pecar, arráncatelo y avientalo por allá lejos. Porque te conviene más que uno solo de tus miembros perezca, y no que arrojen todo tu cuerpo a la Gehena. Y si tu mano derecha es para ti una ocasión de caer en pecado, córtatela y avientala por allá lejos. Porque te conviene más perder uno solo de tus miembros, y no que todo tu cuerpo vaya a parar en el infierno. (Mt. 5, 29-30).

La práctica de las incisiones que emprenden algunos jóvenes sobre algunos lugares de su cuerpo puede tener este alcance de sacrificio punitivo, cifrado en el alcance metonímico de tomar la parte por el todo. Es una porción de cuerpo, no todo, la que se somete a la escarificación, a los cortes de piel. En esa porción del cuerpo se despliega una experiencia de “martirio”, como lo indicaba un sujeto en análisis, donde la culpa se guarece en el daño que la aplaca; no sin que se verifique una ganancia de goce.

El cuerpo obediente o la obediencia del cuerpo.

El ideal de obediencia, ideal de amo, desplegó poder con respecto al cuerpo de aquellos que pertenecían a la servidumbre empleada por aristócratas. Hacia el siglo XVIII encontramos bien plasmada esta ética de amo: “Malgré l'éthique courante qui faisait du maître un pater familias envers tous ceux qui résidaient sous son toit, on continuait de présupposer que l'employeur avait le droit d'exploiter les corps de ceux qui travaillaient pour lui –le droit au travail physique et aux faveurs sexuels. Ce <<droit>> s'étendait également aux descendants mâles et aux proches du maître”¹⁶ (Matthews-Grieco, 2005, p. 181). Esta ética fincada en un ideal de obediencia y de derecho a explotar el cuerpo del otro finalmente sustentaba una ética de mercado, una ética económica, donde se cebaba la ganancia del goce. Por eso se destacaba el cuerpo de la mujer como un recurso particularmente explotable: “Le corps d'une femme et son éventuelle beauté demeuraient toujours un capital fundamental, exploité sur le marché du mariage ou

¹⁶ A pesar de la ética corriente que hacía del amo un pater familias respecto a todos aquellos que residían bajo su techo, se continuaba presuponiendo que el empleador tenía el derecho de explotar el cuerpo de aquellos que trabajaban para él –el derecho al trabajo físico y a los favores sexuales. Este <<derecho>> se extendía igualmente a los descendientes machos y a los padres del amo.

sur celui du sexe comercial”¹⁷ (p. 207). El cuerpo de la esposa, el cuerpo de los empleados domésticos respondían a los intereses del “maître”, a su supuesto derecho primordial. La cuestión de la propiedad, incluida la propiedad corporal, pasaba por este derecho de amo. Sobre esos cuerpos el amo ejercía un derecho inalienable. Alienando estos cuerpos de sus presuntos dueños, el amo extendía su territorio de poder y de usufructo de sus bienes.

El escenario de la explotación del hombre por el hombre expone en su médula misma la experiencia especular en relación al cuerpo y su imagen. Allí el deseo es suspendido no sólo de la imagen del otro, sino también del “corps du semblable”¹⁸ (Lacan, 1954). Imagen propia e imagen del cuerpo del semejante están enganchadas una en la otra. Esta imagen es imponente, es figura portentosa donde la imagen corporal del otro aliena el deseo del sujeto. Con esta imagen se ratifica la condición desvalida del cachorro humano:

Cette prématuration de la naissance, ce n'est pas les psychanalystes qui l'ont inventée. Il est évident histologiquement qu'au moins cet appareil nerveux qui joue dans l'organisme ce rôle, encore sujet à discussion, est inachevé à sa naissance. C'est pour autant qu'il a à rejoindre l'achèvement de sa libido avant d'en rejoindre l'objet que s'introduit cette faille spéciale qui se perpétue chez lui dans cette relation alors à un autre, infiniment plus mortelle pour lui qui pour tout autre animal, et qui confond cette <<image du maître>>, qui est, en Somme, ce qu'il voit sous la forme de l'image spéculaire, alors, qu'il confond d'une façon tout à fait authentique, qu'il peut nommer, avec l'image de la mort. Il peut être en présence du maître absolu, il y est originellement, qu'on le lui ait enseigné ou pas, pur autant qu'il est déjà soumis à cette image”¹⁹ (p.256).

¹⁷ El cuerpo de una mujer y su eventual belleza siempre se mantenían como capital fundamental, explotado en el mercado del matrimonio o el del sexo comercial.

¹⁸ Cuerpo del semejante

¹⁹ Esta prematuración del nacimiento no la inventaron los psicoanalistas. Histológicamente, el aparato que desempeña en el organismo el papel de aparato nervioso...está inacabado al nacer. El hombre alcanza la culminación de la libido antes de alcanzar su objeto. Por allí, se introduce esa falla especial que se perpetúa en él la relación con otro, infinitamente más mortal para él que para cualquier otro animal. Esta imagen del amo, que es la que él ve como imagen especular, se confunde en el hombre con la imagen de la muerte. El hombre puede estar en presencia del amo absoluto. Lo está originariamente, se lo hayan o no enseñado, en tanto está sometido a esta imagen.

Esta imagen especular, por más que propicie una impresión de triunfo, transmite resonancia de muerte, hace presente la desolación original, ya que sin ella el ser, este ser que le sonríe a su imagen, sencillamente no es nada. Imagen venturosa, imagen desventurada. Es finalmente la imagen del otro la que arroja el lazo para que este cachorro humano sepa que es cuerpo y se pueda aprehender como cuerpo.

Dicha imagen dominante, dicha imagen de dominación, que sustenta el amo enajenador, sobre el cuerpo del sujeto, puede adquirir el estatuto de tiránica. Erigida sobre vivencias radicales de incoordinación pretende anularlas. Una manera de anularlas es la imposición radical y exuberante de este ideal de obediencia del cuerpo. Pero reiteramos que el cuerpo no se presta siempre a este ideal de obediencia. Traiciona este ideal enajenante del amo cincelado como imagen especular. Cuando el cuerpo se reencuentra con su condición original de desvalimiento, no resulta fiel a nada ni a nadie que se ostente en posición de amo. Como lo confiesa Inés Suárez al evocar su Reino de Chile, de acuerdo al relato de Isabel Allende, contrastando su remembranza especular de imagen de niña y mujer apasionada con su estado precario y deficitario de abuela:

Ya no monto mi yegua, ya no llevo cota de malla ni espada, pero no es por falta de ánimo, que eso siempre me ha sobrado, sino por traición del cuerpo. Me faltan fuerzas, me duelen las coyunturas, tengo los huesos helados y la vista borrosa (Allende, 2007, p. 15).

Aquí tenemos el carácter real de la falta: anclada en la carne y los huesos. Aunque el ánimo persevere en el imaginario y la palabra del deseo, el cuerpo delata lo imposible del orden real. El cuerpo sobre el cual el sujeto montaba ya no soporta, ya no corresponde a la ágil pasión de un ser que cuando era joven “escapaba a los vergeles para hacer el amor a escondidas” (p. 15). Imagen y cuerpo no coinciden, hacen contrapunto, discordancia y hasta discordia.

El cuerpo como enemigo “natural”: el fenómeno del doble.

El enunciado de la traición del cuerpo lo encontramos también en el texto futurista de George Orwell “1984”. Lo localizamos en el discurso del personaje

central del relato llamado Winston. Mientras las telepantallas son instrumento de ejercicio de tiranía del Gran Hermano, los trastornos del cuerpo en este personaje van a contracorriente del ideal de obediencia: “Seguido se rebelaban el estómago y la piel con la sensación de que se les había hecho trampa privándoles de algo que les correspondía” (Orwell, 2007, p. 169). Aparecen los miembros del cuerpo como otros, como tantos otros que se siente engañados, timados por ese sistema de control político. La castración pasa por ellos, los atraviesa, marcando esta condición límite del no-todo. No todo funciona bien en esta sociedad concebida para quedar a salvo, mediante su “neolengua”, del juego significativo de los equívocos. Se trata de una sociedad concebida para liberarse del inconsciente. La cual enseña, como lo destaca Lacan (1971b), que nunca tiene mejor éxito que cuando falla.²⁰ Las telepantallas exhiben un mundo de perfección, un mundo hipervigilado, bajo el dominio omnímodo del Partido. Pero el cuerpo delata el malestar. El cuerpo de Winston ofrece con su malestar el testimonio de una cultura que apuesta por la demolición del placer y la lealtad al Uno absoluto, al Gran Hermano. Esa lealtad al Uno hace exigible un régimen de espionaje, traiciones, torturas, persecuciones. Esta ética del control que alienta la suspicacia sistemática se reedita en un cuerpo que para nada resulta confiable:

Pero hacía falta un valor desesperado para matarse en un mundo donde tanto las armas de fuego como cualquier veneno rápido y seguro eran imposibles de conseguirse. Pensó con asombro en lo inútiles que eran, biológicamente hablando, el dolor y el miedo; en la traición del cuerpo, que siempre se paraliza justo en el momento en que es necesario realizar algún esfuerzo especial...Se embelesó con la idea de que en los momentos de crisis no estamos luchando contra un enemigo externo, sino siempre contra nuestro propio cuerpo (pp. 209-210).

¿En qué momento el cuerpo se convirtió en nuestro peor enemigo? Así como el cuerpo propio se proyecta imaginariamente en el otro, ajeno y extraño, también este otro se incorpora, se hace cuerpo en nosotros. El cuerpo nos falla, como algún fiel amigo, en los momentos críticos. Y cuando nos falla, cuando nos

²⁰ De ne réussir jamais mieux qu'à rater

traiciona, hace más crítica nuestra condición subjetiva. Edgar Morin mostraba algunas manifestaciones corpóreas del doble en

...un pequeño ser autónomo que se desplaza por el interior del corazón o de la cabeza y que frecuentemente se asocia a la idea del pene...Por último, también los movimientos de aire respiratorios o intestinales pueden ser testimonios de la presencia del doble (2007, p. 144).

El cuerpo o ciertos miembros del cuerpo, reductos de nuestro doble, nos hacen quedar bastante mal en momentos decisivos. Devienen enemigos, pues por su culpa la imagen que presentamos resulta deplorable. En tanto enemigo a doblegar, a someter, el cuerpo se constituyó en teatro de conflictos, de contradicciones:

La polarisation des sexes et la séparation des femmes en mères sentimentales d'un côté et putain sensuelles de l'autre marquèrent le déclin de l'ancienne culture sexuelle pluraliste. Apparut une culture phalocratique triomphante constituée d'une hétérosexualité stricte, qui donna naissance au brillante malentendu de Freud quant à la psyché féminine. Cette nouvelle culture allait imposer, durant tout le XIXe siècle, la conviction tenace que le corps physique était l'ennemie 'naturel' de la personne morale qui l'habitait" ²¹ (Matthews-Grieco, 2005, p. 234).

No nos sorprende quizás tanto que Freud haya descubierto en el síntoma histérico la dramatización de un episodio dicotómico de la subjetividad. A través del cuerpo, convulsionándolo, se ponía en escena una experiencia intensa de asalto sexual. Se trata de un síntoma que conjuga en el cuerpo la irrupción violenta del deseo sexual y la defensa a ultranza contra la misma. Se exponen dos cuerpos en uno, una duplicidad de juego corporal, cimentando un goce que enajena. Sobre todo se devela la puesta en escena de un fantasma impensable de bisexualidad:

²¹ La polarización de los sexos y la separación de las mujeres en sentimentales, de un lado, y putas sensuales, del otro, marcaron la declinación de la antigua cultura sexuales pluralistas. Apareció una cultura falocrática triunfante constituida de una heterosexualidad estricta, que dio nacimiento al brillante malentendido de Freud en cuanto a la psique femenina. Esta nueva cultura iba a imponer, durante el siglo XIX, la convicción tenaz de que el cuerpo físico era el enemigo natural de la personal moral que lo habitaba.

...hallamos correspondientes en ciertos ataques histéricos en que la enferma juega al mismo tiempo los dos papeles de la fantasía sexual que está en la base. Por ejemplo, en un caso observado por mí, con una mano aprieta el vestido contra el vientre (en papel de mujer), y con la otra intenta arrancarla (en papel de varón). Esta simultaneidad contradictoria da razón, en buena parte, del carácter incomprensible de la situación, empero tan plásticamente figurada en el ataque, y por eso adecuadísima para ocultar la fantasía inconsciente eficaz (Freud, 1908/2000, pp. 146-147).

El cuerpo se muestra no tanto como entidad enemiga, sino como escenario de la enemistad entre los sexos, del atentado virulento y la defensa vehemente. Juego de manos que parece de villanos. Una mano que pretende arrancar la mano que protege al vestido de ser arrancado. En el cuerpo se libra un verdadero combate. Desde luego que es posible que algo se traiga entre manos esta mujer que ejerce manualmente los dos papeles identificatorios a la vez. La hace de mujer al cuidado de su vestido, pegando el vestido al cuerpo. Pone en juego una función de mujer instada a ajustar, a “pressen”²², (Freud, 1908/1999, p.198), el vestido al cuerpo, particularmente, al vientre. Entonces dicha presión vestimentaria opera como ejercicio de deseo y defensa ante el asedio sexual del Otro. En cambio, en el papel de varón, su acto es de “abzureissen”²³. Las mujeres entallan los cuerpos, los ajustan y estampan. Los hombres rompen estos acomodados apretados entre el vestuario y el cuerpo. Signos de mujer y de hombre, que no hacen relación sexual, que sólo hacen disrupción, pero que el síntoma del ataque los pone en escena a través de un cuerpo que sufre sus estragos. En esta dramatización no se sabe quién dirige la obra ni quién elaboró el guión fantasmal. Sólo se sabe que el cuerpo es reducido en su ignota y sufrible representación, a manos que portan sentidos antitéticos, a manos que hacen la comedia de la imposible complementariedad de los signos sexuales.

El cuerpo puede enaltecerse como un fiel compañero. Así lo presentaba la cirujana que sustenta la trama de la novela “La Tiznada” de Isabel Custodio (2008). Como un otro que no traiciona. Pero también puede manifestar que con él

²² apretar

²³ arrancar, desgarrar

no siempre se cuenta. O que por lo menos no se cuenta ante cierto acontecimiento. Incluso, habría que dar al cuerpo por descontado o se podría descontar al cuerpo en el momento de algunas experiencias traumáticas. Adoramos nuestro cuerpo sólo por pensar que detentamos su poder: “C’est le prince de l’imagination. Il adore son corps. Il l’adore. Parce qu’il croit qu’il l’a. En réalité, il l’a pas. Mais son corps est sa seule consistance –mentale, bien entendu. Son corps fout le camp à tout instant”²⁴ (Lacan, 1975-76, pp. 80-81). Podríamos ilustrar este cuerpo que actúa por descontado, o que no responde como fiel compañero, con ese personaje del film de los hermanos Joel y Ethan Coen, denominado *The Ladykillers* (2004), responsable de hacer el túnel para sacar ese montón de dólares de la bóveda del casino. En el instante decisivo le falla el cuerpo, particularmente ese órgano del cuerpo cuya anomalía se pregona como síndrome de colon irritado. Incluso en el momento en el cual ha logrado timar a sus propios compañeros, llevándose consigo todo el dinero producto de la fechoría, aparece con su carácter de urgencia, de enorme apremio, este “síntoma” que lo frena en seco. El síntoma psicosomático irrumpe sin mediación de palabras para, glosando el título de un texto freudiano, hacerlo fracasar en el momento del triunfo.

La tiranía de la imagen y los ideales: anorexia y escoriaciones.

El ideal de obediencia al cual debería plegarse el cuerpo, “conçu comme pourvu d’organes”²⁵ (Lacan, 1975, 09.12), sanciona una vigilancia tiránica desde la imagen. Imagen de intolerancia frente a la cual se posicionan tantas chicas sometidas al modelo de perfección corporal enarbolado por la muñeca Barbie. Como nunca, de manera demoledora, ha cobrado “peso” el peso corporal en las premisas de la autovaloración de los sujetos y la exposición al juicio de los otros:

Su narcisismo está en otra parte, no menos frágil sin embargo, y están atrapados por el dominio de la imagen; los que tiene cabellera son preferidos a los calvos a igual calidad y

²⁴ Es el principio de la imaginación. El adora su cuerpo. Porque él cree que lo tiene. En realidad, él no lo tiene. Pero su cuerpo es su única consistencia –mental, claro está. Su cuerpo se larga del campo en todo instante.

²⁵ Concebido como provisto de órganos.

calificación; las siluetas esbeltas resultan más vendedoras que las redondeces bonachonas de antes. La tiranía de la forma, donde el cuerpo está obligado a parecerse a la imagen, abarca a los hombres y los empuja a esa ilusión de eternidad que proyecta de modo continuo nuestra sociedad de la impaciencia y de lo inmediato, que se desembaraza de la historia por una sucesión de conmemoraciones y por una avalancha de arrepentimientos que, al ser perdonadas las faltas confesadas, cierran el cuestionamiento (Hofstein, 2006, p. 83).

Esta cultura de la tiranía de la imagen marca la prisa bajo la cual cuerpo se somete a la o-presión del cambio. No hay tiempo para preguntas, para que el sujeto, atravesado por la palabra y sus fantasmas, se permita hacer crujir sus enigmas. Los espectáculos televisivos presuponen esta tiranía de la imagen sobrecogedora de la confesión de la falta, como en el relato de Orwell, para goce del público. El cuerpo debe adecuarse a los cánones de la forma imperante e imperiosa. Y la forma la dicta el mercado, como organización dictatorial del Otro. El mercado impone sus formas, sus imágenes, sus figuras ideales como mercancías o sus mercancías como realizaciones ideales. Como el cuerpo no es tan dócil, como no se acomoda completamente a las exigencias de la imagen especular en calidad de amo, el sujeto se fastidia, se indigna. O se le irrita el colon. Entra en una relación agresiva, de tensión alienante con su cuerpo –o con cierta fracción de su cuerpo- o acomete con actos de agresión, este cuerpo o este órgano que no se adecúa, que no obedece, al mandato imperioso de la imagen.

Desde el mundo religioso las representaciones del cuerpo arrojaron líneas de pensamiento que han tenido un vasto alcance. Esta relación de sentido disciplinario con el cuerpo, acechando una estrategia de inmolación, se objetiva hasta el día de hoy. Perdura esta obsesión de someter al cuerpo a un sinfín de sacrificios que ratifiquen un compromiso elevado, un compromiso ideal. Parece que ningún martirio es suficiente:

Dompter sa chair, c'est d'abord s'infliger une feroce discipline...La <<haine du corps>> qui conduit à sa destruction lente et systématique ne procede pas d'une conduite nouvelle dans la paysage religieux...La privation alimentaire est la punition la plus immédiate que l'ont fait subir à son corps...L'abstinence partielle ou totale, épisodique ou permanente, donne au

mystique le sentiment exquis d'être enfin maître de son corps; el esprit domine la chair. Il y a bien une <<façon anorexique d'être au monde>>, avec l'espoir d'échapper à ce monde"²⁶ (Gélis, 2005, pp. 47-49).

En lugar de que estos martirios lleven al supuesto amo del cuerpo a conseguir el goce con-fusional con Dios, diríamos que lo que se intenta es cumplir con este ideal de perfección. Tal vez su anorexia no tenga ese carácter de "sainte" que Géli indica para estas místicas entregadas a la abstinencia, a la privación alimentaria, para obtener no sólo su salvación sino también la de los otros. Sin embargo, Cielo Latini adscribe su compulsión anoréxica a una posición sagrada. No sólo mantiene oculto su empeño anoréxico sino que también lo consagra a un culto que congrega: "pronto la anorexia se había convertido en un culto para mí" (2010, p. 137). Las anoréxicas eventuales o sistemáticas se aproximan no tanto a Dios sino a su modelo corporal tiránico, en cada esfuerzo de abstinencia consumado. Es un supuesto triunfo sobre un cuerpo que ellas asemejan a un puerco que asquea con sus apetitos voraces, con su enredo entre comida y excremento. Por eso, como lo advierte el mismo Gélis esta sujeción del cuerpo al ideal conduce a un estado de beatitud, a un "sentiment de liberté que connaissent bien les anorexiques"²⁷ (2005, p. 49). Entonces podemos suponer que estas anoréxicas han puesto al ideal del Yo en lugar de Dios o como su particular Dios. Emprendiendo una gesta que exige tal grado de inmolación, que no queda sino plantearnos que quizás en muchos casos se ha desterrado la idea de Dios, pero no la de su tiranía. Dios se ha ido pero nos dejó su cruenta tiranía como legado. La tiranía de la vigilancia del cuerpo, la tiranía en el castigo y la disciplina del cuerpo, parece muy propia de una instancia divina con la cual parece imposible congraciarse. En la experiencia analítica nos encontramos con un desafío que nos

²⁶ Domar su carne, es de entrada infligirse una feroz disciplina...El <<odio del cuerpo>> que conduce a su destrucción lenta y sistemática no procede de una conducta nueva en el paisaje religioso...la privación alimentaria es el castigo más inmediato que se le hace sufrir a su cuerpo...La abstinencia parcial o total, episódica o permanente, da al místico el sentimiento exquisito de ser por fin amo de su cuerpo; el espíritu domina la carne. Existe entonces una <<manera anoréxica de ser en el mundo>>, con la esperanza de escapar de este mundo.

²⁷ sentimiento de libertad que conocen bien las anoréxicas.

arrojan las anoréxicas, refrendando esta relación disciplinar y extática con su cuerpo:

Para ellas este dominio insensato del cuerpo constituye un triunfo, y su orgullo secreto. Hago notar que esa sensación de victoria que las embriaga explica la resistencia feroz que, con frecuencia, oponen las anoréxicas a la cura. El peor enemigo del profesional que trata a una anoréxica es el goce que experimenta la paciente al domar su cuerpo y poder enorgullecerse de ese dominio (Nasio, 2008, p. 60).

Si la resistencia tiene este carácter de feroz es porque se encuentra alentada por el superyó complacido en esta doma del cuerpo, como si fuera un animal salvaje. Las anoréxicas podrían erigirse como excelso monumento al dominio empecinado de la razón corporal ultra moderna. Paradójicamente, resulta ser un dominio de la razón apasionada. Pero también hay que interrogarnos por el lugar que le reserva la anoréxica al analista excluido del dominio de la imagen. El analista es figura amenazante al proponer el tránsito de la palabra en el vacío insoportable de la imagen reguladora. Por tanto, lo que tal vez se cristalice sea una especie de figura transferencial acoplada o ensamblada: cuerpo-analista. Difícil darle sitio al sujeto supuesto saber en tanto sería como admitir un espacio para el cuerpo del deseo o para el deseo de cuerpo. El triunfo sobre el analista es el triunfo sobre el cuerpo o viceversa. Y ese goce nadie se lo quita al culto anoréxico. Ese triunfo se advierte en el prólogo que hace Cielo Latini a su testimonio escrito:

A propósito, mejor aprovecho este lugarcito para revelar que a veces soy bastante autosuficiente, egocéntrica y soberbia a la hora de escribir. Y que por cierto creo que sé más acerca de la anorexia y del suicidio que los psicólogos y los médicos que intentaron ayudarme. No es necesidad. Es simplemente que creo que la experiencia no es transmisible..." (p. 5).

Pero ella ha intentado pasar su experiencia a lo escrito, a la letra. Ha intentado hacer de su dolor letra, letra viva, para que otras mujeres anoréxicas y bulímicas, le escriban y la inscriban a ella en su dolor, en su dolor de comer. Es un

testimonio donde en el cuerpo desembocan sus peripecias amorosas, los devaneos e insatisfacciones del amor. Porque se trata, como apuesta bulímica, de que todo desemboque en la boca como tubo de escape, anticipando la transformación del alimento en mierda. Se plasma entonces un mandato superyoico: “cualquier cosa que entraba por mi boca tenía que salir por mi boca, no había otra salida permitida” (p. 118). Está prohibido que lo que entre por la boca salga por otro lado que no sea la boca misma. Todo se consume y resume en la boca. Las porquerías que saca convierten a la boca misma, en el acto de vómito, en un culo. Prohibido cagar. Por lo menos prohibido cagar por el culo. Cagar por la boca, mediante la boca, es permitido y hasta apetecible, gozable. La boca que vomita, que caga, las porquerías que consume y evacua, oblitera su potencia parlante. Ese es el secreto de Cielo, su secreto celestial: la relación con lo que secreta la boca, la relación de goce con las entrañas de la boca, la relación de estimulación-expulsión con un cuerpo reducido a boca cargada de porquerías que no acaban de digerirse. O que en caso de digerirse podrían acabar con la Unidad Imaginaria del Ideal del Yo.

Pero lo crucial en la experiencia que transmite, pese a todo, Cielo Latini se sitúa en ese momento en el cual la decepción resulta devastadora. Se esfuerza en disciplinar su cuerpo, en poseer un cuerpo que resulte amable por el otro, pero no lo contenta. Su cuerpo no contenta su imagen, no deja contenta su imagen exigente: “Obviamente, no estaba lo suficientemente flaca” (p. 129) dice. Por más que Cielo *la agarre* con su cuerpo para hacer decir su pensar y su penar, por más que se *enoje* con su cuerpo, éste no resulta suficientemente del agrado del otro constituido como imagen tiránica. El conjunto de ejercicios y sacrificios a los que el cuerpo se ve expuesto, lo extenúan, pero no atenúan la sensación de insuficiencia. El cuerpo, en un cierto momento, da la impresión de que ya logró la perfección anhelada y soñada. Pero siempre le falta un poquito más. Ahí es donde se inscribe la función fálica. La cual se inserta entonces en ese punto del cuerpo donde se mancha la perfección, donde se tambalea la imagen. Nasio ofrece un argumento preciso para este planteamiento:

...debemos concebir esta mancha como un agujero y el agujero como un vacío aspirante que, por efecto de una atracción centrípeta, mantiene unidos los elementos de la trama de la imagen. El agujero de la imagen, es decir, el falo imaginario, es el verdadero polo organizador de la estructura interna de la imagen, al tiempo que es el polo impulsor de su movimiento (p. 109).

La imagen es perforada por algo que está más allá de ella. Por eso no basta qué tan flaca pueda encontrarse Cielo. Cualquier flacura resulta insuficiente, insatisfactoria ante el deseo del Otro. Lo cual imprime una dinámica intensa a la relación imaginaria con el cuerpo, una relación donde no hay imagen que colme. Aunque se trate del falo imaginario como boquete de la imagen, existe una dimensión que lo remite al orden simbólico. En la medida en que se trata, como lo plantea Lacan (1969) del *significante faltante*. Este significante no pertenece al sistema de saber y poder del sujeto. Por más que el sujeto empuje el saber tan lejos como pueda, su falla lo sitúa en su condición deseante, en su estatuto fálico. El sujeto difícilmente reconoce este agujero en la imagen, esta oquedad que introduce el falo en la imagen, pero advierte cómo esta “insuficiencia”, esta falla fálica, le inquieta, le impide estar en paz. No hay imagen que complazca al deseo del Otro. Y en ese sentido la imagen adopta los rasgos tiránicos que marcan los ritmos de la intransigencia yoica con el cuerpo. Esa tiranía no deja de expresarse en una actitud de crítica feroz y degradante sobre un cuerpo. Lo cual devela la incidencia avasalladora del superyó. Esta incidencia severa y cruel del superyó se ensaña con el cuerpo que es sentenciado, condenado, maldecido, en la anorexia, como “puerco” o “vaca”; como animal que se puede regodear en su propia mierda: “Cada kilo de más, un recordatorio del cerdo que había sido todos esos años, del odio hacia mi misma, de la repugnancia” (Latini, 2010, p. 135).

CONCLUSIONES

El cuerpo no subsiste sin referencias imaginarias que se organizan como modelo. Es un modelo que expone al cuerpo como otro, como algo ajeno y propio a la vez. El cuerpo obediente es el que complace ideal del yo. Ideal disciplinario. Pero el cuerpo no se supedita absolutamente a esta presión narcisista. Se

insurrecciona. La anorexia ofrece el testimonio de un sujeto que maldice y reduce su yo y su cuerpo a la condición de “armes Ding”, pobre cosa, cosa detestable o abominable. Sobre el cuerpo recaen el odio del sujeto a sí mismo, martirizándolo o sometiéndolo a distintas torturas. El cuerpo deviene el otro traidor o el enemigo a vencer. Lo cual remite al espectro místico de la relación atormentada con el cuerpo para el goce divino. No hay cuerpo que satisfaga el modelo ideal de perfección. Para eso está el falo como vía de perforación de la imagen. Pero también como vector que dinamiza la imagen.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Allende, I. (2007). *Inés del Alma Mía*. México: DeBolsilo.

Benveniste, É. (2010). *Problemas de Lingüística General I*. México: Siglo XXI.

Custodio, I. (2008). *La Tiznada*. México: Planeta.

Freud, S. (1901/2000). Psicopatología de la vida cotidiana. En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 6). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1901/1999). Zur Psychopathologie des Alltagslebens. En E. Bibring; W. Hoffer; E. Kris & O. Isankower (Eds.), *Sigmund Freud Gesammelte Werke*. (Vol. IV) Frankfurt am Main: Fischer.

Freud, S. (1908/2000). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 9). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1908/1999). Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität. En E. Bibring; W. Hoffer; E. Kris & O. Isankower (Eds.), *Sigmund Freud Gesammelte Werke* (Vol. VII). Frankfurt am Main: Fischer.

Freud, S. (1914/2000). Introducción al narcisismo. En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914/1999). Zur Einführung des Narzissmus. En E. Bibring; W. Hoffer; E. Kris & O. Isankower (Eds.), *Sigmund Freud Gesammelte Werke* (Vol. X). Frankfurt am Main: Fischer.

- Freud, S. (1915/2000). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923/2000). El yo y el ello. En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923/1999). Das Ich und das Es. En E. Bibring; W. Hoffer; E. Kris & O. Isankower (Eds.), *Sigmund Freud Gesammelte Werke* (Vol. XIII). Frankfurt am Main: Fischer.
- Freud, S. (1923/1999). Das Unbewusste. En E. Bibring; W. Hoffer; E. Kris & O. Isankower (Eds.), *Sigmund Freud Gesammelte Werke* (Vol. X). Frankfurt am Main: Fischer.
- Freud, S. (1930/2000). El malstar en la cultura. En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu.
- Garate, I. (2000). Del amar y sus riberas. *Clínica y análisis grupal*, 22 (84), 69-81.
- Gelis, J. (2005). Le Corps, L'Église et le Sacré. En A., Corbine (Ed.), *Histoire du Corps, 1. De la Renaissance aux Lumières*. París: Seuil.
- Hofstein, F. (2006). *El Amor del Cuerpo*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Lacan, J. (1951). Some Reflections on the Ego. *International journal of psychoanalysis*, 34, 11-17.
- Lacan, J. (1954). *Les Écrits Techniques de Freud*. Paris: Association freudienne Internationale.
- Lacan, J. (1969). *Jacques Lacan Le seminaire livre XVI D'un Autre à l'autre*. Paris: Seuil.
- Lacan, J. (1971a). *Jacques Lacan Le seminaire livre XVIII D'un discours qui ne serait pas du semblant*. Paris: Seuil INEDITO.
- Lacan, J. (1971b). *Jacques Lacan Le seminaire livre XIX ... ou pire*. Paris: Seuil Lecon du 8 décembre. INEDITO.
- Lacan, J. (1975-76) *Jacques Lacan Le seminaire livre XXIII. Le Sinthome*. Paris: Seuil Lecon du 9 décembre INEDITO.
- Lacan, J (2003). *La Familia*. Barcelona: Argonauta.

- Latini, C. (2010). *Abzurdah, La perturbadora Historia de una Adolescente*. México: Planeta.
- Lorents, K. (1977). *Sobre la Agresión: El Pretendido Mal*. México Siglo XXI.
- Matthews-Grieco, S.F. (2005). Corps et Sexualité dans L'Europe d'Ancien Régime, En A. Corbin (Ed.) *Histoire du Corps, 1. De la Renaissance aux Lumières*. Paris: Seuil.
- Morin, E. (2007). *El Hombre y la Muerte*. Barcelona: Kairós.
- Nasio, J. D. (2008). *Mi Cuerpo y sus Imágenes*. Buenos Aires: Paidós.
- Orwell, G. (2007). *1984*. México: Editores Mexicanos Unidos.
- Ovidio (1994). *Las Metamorfosis*. Madrid: Austral Espasa-Calpe,
- Schreber, D. P. (2003). *Memorias de un Enfermo de Nervios*. México: Sexto Piso.